

PRIMERA PARTE

DE LA

INTRODUCCIÓN Á LA VIDA DEVOTA

EN LA CUAL

SE CONTIENEN LOS AVISOS Y EJERCICIOS
NECESARIOS

PARA CONDUCIR EL ALMA

DESDE SU PRIMER DESEO DE VIDA DEVOTA

HASTA UNA

ENTERA RESOLUCIÓN DE ABRAZARLA.

CAPÍTULO PRIMERO

DESCRÍBESE LA VERDADERA DEVOCIÓN.

Querida Filotea, siendo cristiana, bien sé que aspiras á la devoción, por ser ésta una virtud en extremo agradable á la Majestad divina; mas por cuanto las faltas pequeñas en que se cae al principio de cualquier obra se refuerzan y crecen en el progreso de ella, y son á la fin casi irreparables, es necesario, ante todas cosas, sepas lo que es esta virtud de devoción; porque como no hay sino una verdadera, y gran cantidad de falsas y vanas, si no conoces la cierta y segura, podrías fácilmente engañarte y seguir alguna devoción impertinente y supersticiosa.

Aurelio (1) pintaba todas las caras de las imágenes que hacía, á semejanza con el aire de las mujeres que amaba, y cada uno pinta la devoción según su pasión y fantasía. El que se da al ayuno se tendrá por muy devoto sólo porque ayuna, aunque por otra parte tenga el corazón lleno de rencor y malicia; y sin osar tocar su lengua á vino ni agua por templanza, no se le dará nada de meterla y cearla en la sangre del prójimo á fuerza de murmuración y calumnia. Otro se tendrá por muy devoto porque cada día dice una multitud de oraciones, aunque después de esto deshaga su lengua en palabras enojosas, arrogantes é injuriosas, así con sus domésticos, como con sus vecinos. Otro sacará de buena gana limosna de la bolsa para dar á los pobres, y no podrá sacar del corazón dulzura y piedad para perdonar sus enemigos. Otro perdonará sus enemigos y no querrá componerse con sus deudores, sino á fuerza de justicia. Todos estos son tenidos vulgarmente por devotos: nombre que de ninguna manera merecen. Buscando la gente de Saúl á David en su casa, puso Micol en una cama una estatua cubierta y adornada de los vestidos del mismo que buscaban, con que hizo creer á la gente de Saúl que el que al parecer dormía era David, que estaba enfermo (2). Así muchas personas se cubren de ciertas acciones exteriores, aparentes á la santa devoción, con que el mundo las tiene por verdaderamente devotas y espirituales, no siendo en suma sino estatuas y fantasmas de devoción.

La verdadera y viva devoción ¡oh, Filotea! presupone amor de Dios, y antes no es otra cosa sino un

(1) Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XXXV, c. 1 (al xxxvii.)

(2) I Reyes, xix, 11-16.

verdadero amor Divino; y no amor como quiera, porque en cuanto el amor Divino hermosea nuestra alma, se llama gracia, haciéndonos agradables á su divina Majestad: en cuanto nos da fuerza de bien hacer, se llama caridad; mas cuando llega el grado de perfección, en el cual no solamente nos hace bien hacer, sino obrar cuidadosa, frecuente y prontamente, entonces se llama devoción. Los avestruces no vuelan jamás; las gallinas vuelan poco, aunque pesada y raramente; mas las águilas, palomas y golondrinas vuelan á menudo apriesa, y alto. Así los pecadores no vuelan en Dios; antes hacen todos sus cursos en la tierra y para la tierra. La buena gente, que aun no ha llegado á la devoción, vuela en Dios por medio de sus buenas acciones; pero rara y pesadamente. Las personas devotas vuelan en Dios frecuentemente, pronta y altamente. En fin, la devoción no es otra cosa sino una agilidad y vivacidad espiritual, por medio de la cual la caridad ejercita sus acciones en nosotros, y nosotros por ella obramos pronta y aficionadamente; y como pertenece á la caridad el hacernos guardar los mandamientos de Dios, general y universalmente pertenece también á la devoción el hacer que los guardemos pronta y diligentemente: causa porque el que no guarda todos los mandamientos de Dios, no puede ser tenido por bueno ni devoto; porque para ser bueno es necesaria la caridad; y para ser devoto es necesaria (además de la caridad) una grande vivacidad y prontitud en las acciones caritativas.

Y como la devoción consiste en cierto grado de excelente caridad, no solamente nos hace prontos, activos y diligentes en la observación de todos los mandamien-

tos de Dios, sino que fuera de esto nos provoca á hacer pronta, aficionadamente las más de las buenas obras que podemos, aunque las tales no sean de ninguna manera de precepto, sino solamente aconsejadas ó inspiradas: porque de la misma manera que un hombre que acaba de sanar de alguna enfermedad, camina aquello que le es necesario, pero lenta y pesadamente, así el pecador, habiendo sanado de su iniquidad, camina aquello que Dios le manda; pero también lenta y pesadamente, hasta que llega á alcanzar la devoción: porque entonces, como un hombre bien sano y dispuesto, no solamente camina, pero corre y salta en el camino de los mandamientos de Dios (1), y de mejor en mejor va corriendo en la senda de los consejos é inspiraciones celestiales. En fin, la caridad y la devoción no son más diferentes la una de la otra que la llama lo es del fuego, por cuanto la caridad, siendo un fuego espiritual, cuando está muy inflamada se llama devoción: de manera que la devoción no junta nada al fuego de la caridad sino la llama, con la cual se hace la caridad pronta, activa y diligente, no solamente en la observación de los mandamientos de Dios, sino en el ejercicio de los consejos é inspiraciones celestes.

(1) Salmos, cxviii, 32.

CAPÍTULO II

PROPIEDADES Y EXCELENCIAS DE LA DEVOCIÓN.

Los que desanimaban á los israelitas el ir á la tierra de promisión, decían que era una tierra que tragaba los que la habitaban: como decir que el aire era tan maligno que no podían vivir mucho tiempo, y que los habitantes eran gigantes tan prodigiosos, que se comían los otros hombres como langostas (1). Así el mundo, mi querida Filotea, infama cuanto puede la santa devoción, pintando las personas devotas como enojadas, tristes y macilentas, y publicando que la devoción causa humores melancólicos é insoportables. Mas como Josué y Caleb aseguraban que no solamente era buena y hermosa la tierra prometida, sino que también la posesión sería dulce y agradable (2), de la misma manera el Espíritu Santo por la boca de todos los santos, y nuestro Señor por la suya misma (3), nos asegura, que la vida devota es una vida dulce, dichosa, y amigable. Ve el mundo que los devotos ayunan, rezan, y sufren las injurias: sirven á los enfermos, asisten á los pobres, velan, reprimen la cólera, detienen y enfrenan las pasiones, se privan de los placeres sensuales, y hacen tales y otras suertes de acciones, las cuales en ellas mismas y de su propia substancia y calidad, son ásperas y rigurosas; pero el mundo no ve la devoción interior y cordial, la cual vuelve todas estas acciones

(1) Números, xiii, 33, 34.

(2) Idem, xiv, 7, 8.

(3) S. Mateo, xi, 28-30.

agradables, dulces y fáciles. Mira las abejas sobre el tomillo, que chupando sacan un zumo muy amargo, convirtiéndole después, por propiedad que tienen, en dulcísima miel. Las almas, pues, devotas (ó mundanas) es verdad que hallan mucha amargura en su ejercicio de mortificación; mas continuando en él, lo más amargo vuelven dulce y suave. Los fuegos, las llamas, las ruedas, y las agudas espadas parecían á los mártires flores hermosas y preciosos olores; y esto porque eran devotos. Pues si la devoción puede dar dulzura á los más crueles tormentos, y á la muerte misma, ¿cuánto más fácil la será el darla á las acciones de virtud? El azúcar hace dulces los mal maduros frutos, y corrige y templá la crudeza de los que están muy maduros. Así la devoción es la verdadera azúcar espiritual, que quita la amargura á las mortificaciones y el daño á las consolaciones: quita la cuita á los pobres, la soberbia á los ricos, al oprimido la ruina, la insolencia al favorecido, la tristeza al solitario y la disolución al que está en compañía; sirve de fuego en invierno, y de rocío en verano; sabe abundar y sufrir pobreza; hace igualmente útil el honor y el menosprecio; recibe el placer y el dolor con un corazón casi siempre semejante, y nos colma el espíritu de una maravillosa suavidad.

Contempla la escala de Jacob (1), porque ésta es el verdadero retrato de la vida devota. Los dos lados, entre los cuales se sube, y á los cuales los escalones se tienen, representan la oración, la cual alcanza el amor de Dios y los sacramentos que le confieren. Los esca-

(1) Génesis, xxviii, 12.

lones no son otra cosa sino los diversos grados de caridad, por los cuales se va de virtud en virtud, ó bajando (por la acción) al socorro y favor del prójimo, ó subiendo (por la contemplación) en la unión amorosa de Dios. Mira ahora, te ruego, los que están sobre la escalera, y verás que son hombres angélicos, ó ángeles que tienen cuerpos humanos. No son mozos, pero parecen serlo, por cuanto están llenos de vigor y agilidad espiritual. Tienen alas para volar y arrojar á Dios por medio de la santa oración; y también tienen pies para caminar con los hombres por medio de una santa y amigable conversación. Sus caras son hermosas y alegres, porque reciben todas las cosas con dulzura y suavidad. Tienen las piernas, brazos y cabezas desnudas, porque sus pensamientos, intentos y acciones no llevan otro designio, ni motivo, sino agradar á Dios. Lo demás del cuerpo tienen cubierto, pero de una vestidura ligera y hermosa; y esto porque usan del mundo y cosas mundanas con corazón puro y sincero, no tomando de todo sino aquello que no excusan, según su condición y manera. Tales son las personas devotas. Créeme, querida Filotea, que la devoción es la dulzura de las dulzuras y la reina de las virtudes, por cuanto es la perfección de la caridad; si la caridad es una leche, la devoción es la nata; si es una planta, la devoción es la flor; si es una piedra preciosa, la devoción es su lustre y claridad; si es un bálsamo precioso, la devoción es el suave olor que conforta los hombres y alegra los ángeles.

CAPÍTULO III

QUE LA DEVOCIÓN ES NECESARIA Á TODA SUERTE
DE ESTADOS Y PROFESIONES.

Mandó Dios en la creación (1) llevasen las plantas sus frutos, cada una según su género: así manda también á los cristianos, que son las vivas plantas de su Iglesia, produzcan frutos de devoción, cada uno según su calidad y estado. Diferentemente han de ejercer la devoción el hidalgo y el labrador; el vasallo y el soberano; la viuda y la doncella; la soltera y la casada; y no sólo esto, pero es necesario acomodar la práctica de la devoción á las fuerzas, á los negocios y á las obligaciones de cada uno. ¿Sería á propósito, dime, Filotea, que el obispo quisiese seguir la soledad del cartujo; que los casados no procurasen adquirir, ni juntar más que los capuchinos; que el labrador se estuviese todo el día en la iglesia como los religiosos, y que el religioso estuviese como el obispo, siempre expuesto á cualquiera suerte de encuentro, por el servicio del prójimo? ¿Esta devoción no sería ridícula, desreglada é insoportable? Con todo esto vemos caer en esta falta muy de ordinario, y el mundo, que no discierne, ni quiere discernir entre la devoción é indiscreción de aquellos que piensan ser devotos, murmura, y vitupera la devoción, la cual no por eso es causa de semejantes desórdenes.

No, Filotea, la devoción (cuando es verdadera) no

(1) Génesis, I, II.

corrompe nada; antes lo perfecciona todo; pero cuando es contraria al legítimo estado de cada particular, entonces sin duda es falsa (1). La abeja, dice Aristóteles, saca su miel de las flores, sin dejarlas ajadas ni marchitas, sino enteras y frescas como antes. La verdadera devoción aun hace más, porque no solamente no daña ninguna suerte de estados ni negocios, sino antes los adorna y hermosea. Toda suerte de pedrería echada en la miel, sale más reluciente y hermosa, cada una según su color; y cualquiera se hace más agradable en su estado. Juntándole á la devoción el cuidado de la familia, se hace apacible; el amor del marido y mujer más sincero; el servicio del príncipe más fiel; y toda suerte de ocupaciones, más suaves y amigables.

No sólo es error, pero herejía, el querer desterrar la vida devota de la compañía de los soldados, de la tienda de los oficiales, de las cortes de los príncipes, y de la familia de los casados. Es verdad, Filotea, que puramente la devoción contemplativa, monástica y religiosa, no puede ejercerse en estos estados; mas también (fuera de estas tres suertes de devoción) hay otras muchas propias para perfeccionar los que viven en estado seglar. Abraham, Isaac, Jacob, David, Job, Tobías, Sara, Rebeca y Judith, dan fe en el Viejo Testamento de esta verdad; y cuanto al Nuevo, S. José, Lidia y S. Crispín fueron perfectamente devotos en sus tiendas; santa Ana, santa Marta, santa Mónica y santa Priscila, en sus familias; Cornelio, S. Sebastián y san Mauricio, en los ejércitos; Constantino, Helena, san Luis y S. Eduardo, en sus tronos reales.

(1) De Hist. Anim., lib. V, c. xxii.

También se ha visto que muchos han perdido la perfección en la soledad, siendo ésta tan deseada para llegar á una vida perfecta, y la conservaron antes en medio de la multitud, pareciendo ésta tan poco favorable á la perfección. Loth (1), dice S. Gregorio, que fué tan casto en la villa, no lo supo ser en la soledad. Donde quiera que estamos, podemos aspirar á la vida perfecta.

CAPÍTULO IV

DE LA NECESIDAD DE UN CONDUCTOR PARA ENTRAR
Y HACER PROGRESO EN LA DEVOCIÓN.

Habiéndole mandado á Tobías el menor que fuese á Rages, dijo: De ninguna manera sé el camino. Anda (replicó el padre), y busca algún hombre que te encamine (2). De la misma manera te digo yo, Filotea mía. ¿Quieres con más seguridad caminar á la devoción? busca, pues, algún hombre virtuoso que te adiestre y guíe.

Aquí consiste el advertimiento de los advertimientos. Aunque más busques, dice el devoto Ávila (3), jamás hallarás tan seguramente la voluntad de Dios, como por el camino de esta humilde obediencia, practicada

(1) Homil. in Ezech., lib. I, hom. IX, § 22.

(2) Tobías, v, 2, 4.

(3) El venerable Juan de Ávila, conocido con el nombre de «apóstol de Andalucía» (1500-1569) en la *Exposición del verso: Audi, filia, etvide, etc.*, 1556.

y estimada en tanto de todos los antiguos devotos. La bienaventurada madre Teresa, viendo que doña Catalina de Córdoba (1) hacía grandísima penitencia, deseó imitarla en esto, contra el parecer de su confesor, que se lo defendía, al cual estuvo tentada de desobedecer en este particular; y Dios la dijo: Hija mía, tú llevas un seguro y buen camino; y aunque miras á la penitencia que esotra hace, estimo en más tu obediencia. Tanto amaba esta virtud, que, fuera de la obediencia que debía á sus superiores, hizo particular voto de obedecer á un hombre excelente y virtuoso, obligándose á seguir su dirección y consejo; de manera, que con esto quedó la bienaventurada consolada en extremo: y así, antes y después de ella, muchas damas devotas, para mejor sujetarse á Dios, han humillado sus voluntades á las de sus mismas criadas y domésticos; lo cual santa Catalina de Sena alaba infinitamente en sus Diálogos (2). La devota princesa santa Isabel, con extrema humildad se puso debajo de la obediencia del doctor M. Conrado. Y aún me acuerdo de uno de los consejos que el gran S. Luis dió á su hijo antes de su muerte. Díjole así: «Confíesate á menudo, y elige un confesor idóneo, que sea hombre prudente y te pueda enseñar á hacer las cosas que te son necesarias» (3).

El amigo fiel, dice la Santa Escritura (4), es una fuerte protección; el que le ha hallado, ha hallado un

(1) En las ediciones francesas anteriores á la publicada en Annecy en 1893 se lee *Catherine de Cordoue*; pero es indudable que se trata de Doña Catalina de Cardona, de quien habla también santa Teresa en el *Libro de las Fundaciones*, cap. xxviii.

(2) Tract., iv.

(3) Joinville, *Hist. de Saint Loys*, c. ult.

(4) *Eclesiástico*, vi, 14, 16.

tesoro. El amigo fiel es un medicamento de vida é inmortalidad; los que temen á Dios, le hallan. Estas divinas palabras miran principalmente á la inmortalidad, cómo ves, para la cual es necesario ante todas cosas tener este fiel amigo que guíe nuestras acciones con sus avisos y consejos, librándonos por este medio de las emboscadas y engaños de nuestro enemigo; será nos como un tesoro de sapiencia en nuestras aflicciones, tristezas y trabajos; servirános de medicina para aliviar y consolar nuestros corazones en las indisposiciones espirituales; guardarános del mal, y harános el bien mejor; y cuando nos venga alguna enfermedad, estorbará que nos sea de muerte.

Mas ¿quién hallará este amigo? El Sabio responde: *Aquel que teme á Dios* (1); quiere decir, los humildes, que con veras desean la medra espiritual. Pues que te importa tanto (¡oh, Filotea!) el caminar con una buena guía en este santo camino de la devoción, ruega á Dios con una grande instancia te dé una, que sea según su corazón; y no dudes, porque cuando debiera enviarte un ángel, como hizo al joven Tobías, te enviará una fiel y buena.

Siempre ha de ser ésa para ti un ángel; quiero decir, que cuando la hayas hallado, no la has de considerar como un hombre simple; y esto sin confiarte en ella, ni en su humano saber, sino sólo en Dios, el cual te favorecerá y hablará por medio de este hombre, poniéndole en la boca y corazón aquello que fuere necesario para tu salud; y así le debes escuchar como á un ángel que baja del cielo para guiarte á él: has de

(1) Ubi supra.

tratar con él con abierto corazón, con toda sinceridad y fidelidad, manifestándole claramente tu bien y tu mal, sin fantasía ni disimulación, y por este medio tu bien será examinado y más seguro, y tu mal será corregido y remediado: hallaraste aliviada y mortificada en tus aflicciones; moderada y regalada en tus consolaciones.

Pondrás en él una grande confianza, mezclada de una grande reverencia, de suerte, que la reverencia no disminuya la confianza, y que la confianza no estorbe la reverencia: confía en él con el respeto de una doncella para con sus padres: respétale con la confianza de un hijo para con su madre. En fin, esta amistad ha de ser firme, dulce, santa, sagrada, divina y espiritual. Á este propósito dice Ávila: *Escoged uno entre mil* (1); y yo digo entre diez mil; porque se hallan muchos menos que pensamos que sean capaces de este oficio. Ha de ser lleno de caridad, de ciencia y de prudencia; y faltándole una de estas tres partes, será faltarle mucho. Pero también digo otra vez que le pidas á Dios; y habiéndole hallado, perseveres con él, dando gracias á su divina Majestad, y no buscando otras novedades, sino irse siempre por el camino que tu guía te muestra, simple, humilde y confidentemente; y con esto harás un dichoso viaje.

(1) In libello: *Avisos para vivir cristianamente.*

CAPÍTULO V

QUE ES NECESARIO COMENZAR POR LA PURIFICACIÓN
DEL ALMA.

Las flores (dice el Esposo) (1) se muestran ya en nuestra tierra; y el tiempo de limpiar y cortar ha llegado. Las flores de nuestros corazones, ¡oh, Filotea! son los buenos deseos; y tan presto como éstas se muestran, debemos echar la mano á la hoz para cortar de nuestra conciencia todas las obras muertas y superfluas. La doncella extranjera, para poderse desposar con el israelita, había de quitarse la ropa de cautividad, y cortarse las uñas y cabello (2). El alma que aspira á tanta honra, como es ser esposa del Hijo de Dios, también se ha de quitar las vestiduras viejas del pecado y vestirse las de virtud (3); después ha de cortar toda suerte de embarazos, que puedan estorbar el amor de Dios; porque el principio de nuestra salud es el purgarnos de nuestros humores pecantes. San Pablo en un momento quedó limpio con perfecta limpieza, como también santa Catalina de Génova, santa Magdalena, santa Pelagia y otras; pero esta suerte de purificación es milagrosa y extraordinaria en la gracia, como la resurrección de los muertos en la naturaleza: cosa que no debemos pretender. La limpieza y salud ordinaria, sea de los cuerpos ó ya de los espíritus, no se hace sino poco á poco, por progreso de me-

(1) Cantares. II, 12.

(2) Deuteronomio, XXI, 12; 13.

(3) S. Pablo á los Efesios, IV, 22-24.

goría en mejoría, y esto no sin trabajo y tiempo.

Aunque los ángeles de la escala de Jacob tienen alas, no por eso vuelan; antes suben y bajan por orden, de escalón en escalón. El alma que se levanta del pecado á la devoción, es comparada al alba, la cual al levantarse no despide en un mismo instante las tinieblas, sino poco á poco (1).

La cura (dice el aforismo) que se hace con espacio de tiempo, es siempre la más segura. Las enfermedades del corazón, como las del cuerpo, vienen á caballo y por la posta, y vanse á pie y á paso muy lento. Menester es, pues, ser animosa y sufrida ¡oh, Filotea! en esta empresa. ¡Cuánta lástima dan algunas almas, que viéndose sujetas á diferentes imperfecciones, después de haber ejercitado algún tiempo en la devoción, comienzan á inquietarse y desanimarse, dejándose llevar de la tentación tanto, que olvidándose de la virtud vuelven á sus primeras costumbres. También por otras partes tienen gran peligro las almas, las cuales por una tentación contraria se persuaden que están purgadas de sus imperfecciones, cuando apenas se han puesto á ello, teniéndose por perfectas, sin serlo, y arrojándose á volar sin alas. En gran peligro están estas almas ¡oh, Filotea! de tornar á recaer, por haberse desmandado de presto y apartado de las manos del Médico. *No te levantes, dice el Profeta, antes que haya llegado la luz: levántate después que hayas estado sentado* (2). Y él mismo practicando esta lección, y habiéndose ya lavado y limpiado, quiere lavarse de nuevo (3).

(1) Proverbios, IV, 18.

(2) Salmos, CXXVI, 3.

(3) Ídem, I, 5.

El ejercicio de la purificación del alma no se puede ni se debe acabar sino con nuestra vida. No nos turben, pues, nuestras imperfecciones; porque nuestra perfección consiste en el combatirlas, y no las podremos combatir sin verlas, ni vencerlas sin encontrarlas. Nuestra victoria no consiste en sentirlas, sino en no consentirlas.

No es, pues, consentirlas el recibir sus incomodidades; y así es necesario que para el ejercicio de nuestra humildad quedemos algunas veces heridos en esta batalla espiritual; pero nunca nos tenemos por vencidos sino cuando hemos perdido, ó la vida ó el ánimo. Las imperfecciones, pues, y pecados veniales, no nos pueden privar de la vida espiritual, porque ésta no se pierde sino por el pecado mortal. Sólo se ha de procurar que no perdamos el ánimo. Líbrame, Señor, decía David, de la cobardía y desfallecimiento (1). Es, pues, una dichosa propiedad nuestra en esta guerra espiritual, el hallarnos siempre vencedores: con que no huyamos nunca el combate.

CAPÍTULO VI

DE LA PRIMERA PURIFICACIÓN, QUE ES LA DE LOS
PECADOS MORTALES.

La primera purificación que se debe hacer es la del pecado. El medio para hacerla es el santo sacramento

(1) Salmos, LIV, 9.

de la penitencia. Buscarás, pues, el más digno confesor que pudieres; sírvete de algún libro hecho á este propósito, que ayude á la conciencia á bien confesarse, como Granada (1), Bruno (2), Arias (3), Auger (4), y léelos bien, y nota de punto en punto en lo que hubieres ofendido á tu Dios desde que tienes uso de razón, hasta la hora presente, y si no te fiores de la memoria, pon por escrito lo que hubieres notado. Y habiendo por este medio preparado y juntado los humores pecantes de tu conciencia, los detestarás y abominarás mediante una contricción y desplacer tan grande, cuanto tu corazón pueda sufrir, considerando estas cuatro cosas: que por el pecado perdiste la gracia de Dios, y con ella el paraíso; que recibiste las penas eternas del infierno, y renunciaste la visión, y el amor eterno.

Bien ves, Filotea, que hablo de una confesión general de toda la vida, la cual también te confieso no ser siempre absolutamente necesaria; pero también considero que te será en extremo provechosa en este principio; y así, te la aconsejo con todas veras. Sucede muchas veces que las confesiones ordinarias de los que viven en vida común y vulgar, están llenas de grandes faltas, porque de ordinario, ó no se preparan, ó muy poco, ó no tienen la contricción necesaria; y

(1) Fray Luis de Granada (1505-1588), *Memorial de la vida cristiana*, Tratado II.

(2) Vicente Bruno, jesuita italiano (1532-1594). *Trattato del Sacramento della Penitenza*, etc. Venecia, 1585.

(3) Francisco Arias, jesuita español 1533-1605). *El uso de la Confesión*.

(4) Edmundo Auger, jesuita francés (1530-1591). *La manière de ouyr la messe*, Lyon, 1571.

así sucede muchas veces irse á confesar con una tácita voluntad de volver al pecado, por cuanto no quieren evitar la ocasión de volver á él, ni tomar los expedientes necesarios á la enmienda de la vida, y en todos estos casos es la confesión general muy necesaria para asegurar el alma. Fuera de todo esto, la confesión general nos llama á conocimiento de nosotros mismos; nos convoca á una saludable confesión para nuestra vida pasada; hácenos admirar de la misericordia de Dios, que nos ha esperado tan largo tiempo; apacigua nuestros corazones, alegra nuestros espíritus, incítanos á buenos propósitos, da sugeto á nuestro confesor á que nos dé los avisos más convenientes á nuestra condición, y ábrenos el corazón para que con más confianza nos declaremos en las confesiones siguientes.

Hablando, pues, de un renuevo general de nuestro corazón, y de una conversión universal de nuestra alma á Dios, por medio de la empresa de la vida devota, paréceme que no dejaré de tener razón, Filotea, en aconsejarte esta confesión general.

CAPÍTULO VII

DE LA SEGUNDA PURIFICACIÓN, QUE ES LA DE LAS
AFICIONES DEL PECADO.

Todos los Israelitas salieron, en efecto, de la tierra de Egipto; mas no todos de buena gana (1); causa

(1) Números, xi, 4, 5.

por que en el desierto muchos de entre ellos echaban menos el carecer de las cebollas y carnes de Egipto. Así también hay penitentes, que en efecto, salen del pecado, sin que por eso pierdan la afición que le tienen; esto es, que proponen de nunca más pecar; pero con cierto sentimiento que tienen de privarse y abstenerse de los desventurados deleites del pecado. El corazón de éstos renuncia el pecado, procurando apartarse de él; mas no por eso deja de volverse de su bando, como hizo la mujer de Loth hacia el lado de Sodoma (1). Abstíenense del pecado, como los enfermos de los melones, los cuales no comen porque los médicos los amenazan de muerte si los prueban; mas no por eso dejan de sentir esta abstinencia: hablan en ellos, preguntan si sería posible el comerlos, quieren por lo menos olerlos, y tienen por dichosos á los que pueden gustarlos. Así también estos flacos y débiles penitentes se abstienen por algún tiempo del pecado, mas contra su propia voluntad; querrían bien poder pecar sin ser condenados; hablan con sentimiento y gusto del pecado, y tienen por satisfechos á los que le cometen. Un hombre resuelto á vengarse, mudará de voluntad en la confesión; pero poco después le hallarán entre sus amigos deleitándose en hablar de la pendencia pasada, diciendo que si no hubiera sido por Dios, hubiera hecho tal y tal cosa, y que la ley divina en este artículo es difícil de observar, y que pluguiese á Dios fuese permitida la venganza. ¿Quién, pues, no echa de ver, que aunque este pobre hombre está fuera de pecado, no por eso deja la afición que le tiene; y que hallándose

(1) Génesis, xix, 26.

en efecto fuera de Egipto, apetece aún los ajos y cebollas que solía comer; como la otra mujer, que habiendo dejado sus lascivos amores, no deja por eso de recrearse con los requiebros y agasajos que le hacen? Averiguadamente semejantes gentes están en no pequeño peligro.

Así, Filotea mía, pues tú quieres emprender la vida devota, no sólo has de dejar el pecado, sino limpiar también tu corazón de toda afición que él te pueda causar; porque fuera del peligro que habría en la recaída, podrían estas miserables acciones desmayar perpetuamente tu espíritu, y agravarle, de manera que no podría ejercer las buenas obras, pronta, diligente y frecuentemente, que es en lo que consiste la verdadera esencia de la devoción. Las almas que habiendo salido de las ataduras del pecado tienen aún estas aficiones y deseos, semejan, á mi parecer, á las doncellas opiladas, las cuales no están enfermas, pero todos sus achaques son de enfermo: comen sin gusto, duermen sin reposo, ríen sin alegría, y antes querrían las arrastrasen que caminar cuatro pasos. De la misma manera estas almas que he dicho, obran el bien con tanto cansancio espiritual, que hace perder la gracia á sus buenos ejercicios, pocos en número y pequeños en efectos.

CAPÍTULO VIII

DEL MEDIO PARA HACER ESTA SEGUNDA PURIFICACIÓN.

El medio, pues, y fundamento de esta segunda purificación, es la viva y frecuente aprensión del grave mal que el pecado nos ha causado, por cuyo medio nos disponemos á una profunda y vehemente contrición; porque de la misma manera que la contrición (con tal que sea verdadera), por pequeña que sea, y principalmente juntándose á la virtud de los sacramentos, nos purga bastantemente del pecado; así también, cuando es grande y vehemente, nos purga de todas las aficiones que penden del pecado. Un rencor ó un aborrecimiento flaco y débil, es causa de que veamos de mala gana á aquel que aborrecemos, y nos hace huir su compañía; pero si es un rencor mortal y violento, no sólo aborrecemos á aquel á quien le tenemos, sino antes aborrecemos y huímos la conversación de su parentela y amigos, cuanto y más su retrato ni cosa que le parezca. Así, cuando el penitente no aborrece el pecado sino por una ligera, aunque verdadera, contrición, es verdad que se resuelve de no pecar más; pero cuando le aborrece con una contrición grave y rigurosa, no sólo abomina el pecado, sino antes toda la afición y dependencia que de él procede. Esnos, pues, necesario, Filotea, procurar que nuestra contrición y arrepentimiento sea la mayor que pudiéremos, para que así se extienda hasta la mayor parte del pecado. De tal suerte perdió la Magdalena en su conversión el gusto del pecado y los vanos placeres que en él hallaba, que jamás volvió

á pensar en ellos; y David, protestaba, no sólo aborrecer el pecado, sino también todas sus sendas y caminos (1). En este punto, pues, consiste el renuevo del alma, que este mismo profeta compara al renuevo del águila (2).

Para venir, pues, á esta aprensión y contrición, es necesario que te ejercites con cuidado en las meditaciones siguientes; las cuales, siendo bien practicadas, desarraigarán de tu corazón (mediante la gracia divina) el pecado y las principales aficiones del pecado, para cuyo uso las he hecho yo expresamente. Harás las una después de la otra, como yo las he señalado, sin tomar más de una para cada día, la cual, siendo posible, harás por la mañana, que es el tiempo más propio para todas las acciones del espíritu, y las volverás á meditar y á rumiar lo restante del día; y si no estuvieres hecha á la meditación, mira lo que se tratará de ella en la segunda parte.

CAPÍTULO IX

MEDITACIÓN I. DE LA CREACIÓN.

PREPARACIÓN.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

CONSIDERACIONES.

1. Considera que no ha más de tantos años que tú no estabas en el mundo, y que tu ser era un verdadero

(1) Salmo cxviii, 104, 128.

(2) Salmo cii, 5.

nada. ¿Adónde estábamos nosotros ¡oh alma mía! en aquel tiempo? Había ya tanto que el mundo duraba, y de nosotros no había memoria alguna.

2. Dios te ha hecho salir de este nada para hacerte lo que eres, sin que tuviese necesidad de ti, sino por sola su bondad.

3. Considera el ser que Dios te ha dado, porque es el primer ser del mundo visible, capaz de la vida eterna, y de unirse perfectamente con su divina Majestad.

Aficiones y resoluciones.

1. Humíllate muy de veras delante de Dios, diciendo de corazón con el Salmista: ¡Oh, Señor! yo soy, delante de tu divino acatamiento, un verdadero nada; y ¡cómo tú tuviste memoria de mí para criarme! (1) ¡Ay de mí! mi alma, tú estabas anegada en ese antiguo nada, y aun al presente lo estuvieras, si Dios no te hubiera sacado de él; ¿y qué harías tú en ese nada?

2. Da gracias á Dios. ¡Oh, mi soberano buen Criador, cuán grande es la obligación que te tengo, pues has ido á buscarme dentro de mi nada para hacerme por tu misericordia lo que soy! ¿Qué cosa podré jamás hacer para bendecir tu Santo Nombre y agradecerle tu inmensa bondad?

3. Confúndete. Mas, ¡ay de mí, mi Criador! en lugar de unirme contigo por amor y servicio, toda contra ti me he vuelto y revuelto por mis desregladas aficiones, apartándome y alejándome de ti, para juntarme con el pecado y la iniquidad, sin tener más cuenta

(1) Salmos, xxxviii, 7. VIII. 5.

con honrar tu bondad que si no hubieras sido mi Criador.

4. Abájate delante de Dios. ¡Oh, mi alma! Sabe que el Señor es tu Dios; él es el que te ha hecho, que tú no te has hecho á ti misma. ¡Oh, Dios! yo soy la obra de tus manos (1).

Ya de aquí adelante no quiero tomar más complacencia en mí misma (2); que de mi parte no soy nada. ¿De qué te glorificas tú, oh polvo y ceniza? Pero antes, ¡oh verdadero nada!, ¿de qué te ensalzas tú? Y para humillarme quiero hacer tal y tal cosa, sufrir tales y tales menosprecios; quiero mudar de vida y seguir de aquí adelante á mi Criador, y honrarme con la condición del ser que me ha dado: empleándolo todo enteramente en la obediencia de su voluntad, por los medios que me fueren enseñados, á los cuales no haré falta para con mi padre espiritual.

Conclusión.

1. Agradece á Dios. Bendice, ¡oh, alma mía! á tu Dios, y todas mis entrañas lo en su santo nombre, porque su bondad me ha sacado de nada y su misericordia me ha criado (3).

2. Otrécele. ¡Oh, mi Dios! yo te ofrezco el ser que me has dado, de todo mi corazón. Yo te lo dedico y consagro.

Ruégale. ¡Oh, Dios! fortifícame en estas aficiones y resoluciones. ¡Oh, Santa Virgen! encomiéndalas á la misericordia de tu Hijo, con todos aquellos por quienes estoy obligada de rogar, etc. *Pater noster, Ave Maria.*

(1) Salmos, xcix, 3. cxxxvii, 8.

(2) Eclesiástico, x, 9.

(3) Salmos, cii 1.

Al salir de la oración, paseándote un poco, junta un ramillete de devoción de las consideraciones que hubieres hecho, cuyo olor te recree el sentido todo lo que resta del día.

CAPÍTULO X

MEDITACIÓN II. DEL FIN PARA EL CUAL SOMOS CRIADOS.

PREPARACIÓN.

1. Ponte delante de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

CONSIDERACIONES.

1. Dios no te ha puesto en este mundo por alguna necesidad que tuviese de ti, que le eres del todo inútil; mas solamente para ejercer en ti su bondad, dándote su gracia y su gloria: y por esto te ha dado el conocimiento para que le conozcas, la voluntad para que le ames, la imaginación para representarte sus beneficios, los ojos para que veas las maravillas de sus obras, la lengua para que le alabes; y así de las demás facultades.

2. Siendo criada y puesta en este mundo con esta intención, todas las acciones contrarias á ella se han de evitar; y las que para este fin no son de algún servicio, deben ser menospreciadas como vanas y superfluas.

3. Considera la desdicha del mundo, que no piensa en ello; antes vive como si creyese no haber sido criado sino para levantar casas, plantar árboles, juntar riquezas, decir donaires y truhanear.